

## "Vendrán llluvias suaves"

En la sala de estar, la voz-reloj cantaba: *¡Tictac, las siete en punto, hora de levantarse, hora de levantarse, las siete en punto!* como si temiera que nadie fuera a hacerlo. La casa de la mañana se encontraba vacía. El reloj seguía avanzando, repitiendo y repitiendo sus sonidos en el vacío. *¡Siete y nueve, hora del desayuno, siete y nueve!*

En la cocina, la estufa del desayuno emitió un suspiro sibilante y expulsó de su cálido interior ocho tostadas perfectamente doradas, ocho huevos fritos, dieciséis tiras de tocino, dos cafés y dos vasos de leche fría.

*"Hoy es 4 de agosto de 2026",* dijo una segunda voz desde el techo de la cocina, *"en la ciudad de Allendale, California"*. Repitió la fecha tres veces para no olvidarla. *"Hoy es el cumpleaños del Sr. Featherstone. Hoy es el aniversario del matrimonio de Tilita. Hay que pagar el seguro, así como las facturas de agua, gas y luz"*.

En algún lugar de las paredes, los relés chasqueaban, las cintas de memoria se deslizaban bajo ojos eléctricos.

*¡Ocho y uno, tictac, ocho y uno en punto, a la escuela, al trabajo, corre, corre, ocho y uno!* Pero ninguna puerta se cerró de golpe, ninguna alfombra recibió la suave pisada de unos tacones de goma. Afuera estaba lloviendo. La caja meteorológica de la puerta principal cantaba en voz baja: *"Lluvia, lluvia, di adiós; paraguas, impermeables para hoy..."* Y la lluvia golpeteaba la casa vacía, produciendo un eco.

Afuera, el garaje sonó y levantó su puerta para revelar al automóvil que esperaba. Tras una larga espera, la puerta volvió a bajar.

A las ocho y media, los huevos estaban arrugados y la tostada estaba como piedra. Una cuña de aluminio los raspó hasta que cayeron al fregadero, donde el agua caliente los hizo pasar por una garganta metálica que los digirió y los arrojó al lejano mar. Los platos sucios cayeron en una máquina para lavar caliente y salieron relucientemente secos.



**Detente y anota: Describe lo que está pasando.**

*Nueve y cuarto, cantaba el reloj, hora de limpiar.*

De las madrigueras de la pared, salieron corriendo diminutos ratones robot. Las habitaciones eran un caos con los pequeños animales de limpieza, todos de goma y metal. Se golpeaban contra las sillas, haciendo girar sus bigotudas ruedas, amasando la lanilla de la alfombra, aspirando suavemente el polvo oculto. Entonces, como invasores misteriosos, volvieron a sus madrigueras. Sus ojos rosados y eléctricos se apagaron. La casa estaba limpia.

*Diez en punto.* El sol salió detrás de la lluvia. La casa se hallaba sola en una ciudad de escombros y cenizas. Esta era la única casa que quedaba en pie. Por la noche, la ciudad en ruinas desprendía un resplandor radiactivo que podía verse a millas de distancia.



**Detente y anota: ¿Qué crees que le está pasando a la ciudad?**

*Diez y cuarto.* Los aspersores del jardín se arremolinaban en fuentes doradas y llenaban el suave aire de la mañana con partículas de brillo. El agua salpicaba los cristales de las ventanas y se deslizaba por el lado oeste calcinado donde la casa se había quemado, despojada uniformemente de su pintura blanca. Toda la cara oeste de la casa era negra, salvo en cinco lugares. Aquí, la silueta en pintura de un hombre cortando el césped. Aquí, como en una fotografía, una mujer se inclina para recoger flores. Aún más allá, sus imágenes quemadas sobre la madera en un instante titánico, un niño pequeño, con las manos alzadas en el aire; más arriba, la imagen de una pelota lanzada, y frente a él, una niña, las manos levantadas para atrapar una pelota que nunca bajó.

Las cinco manchas de pintura: el hombre, la mujer, los niños y la pelota, permanecieron ahí. El resto era una fina capa carbonizada.

La suave lluvia de los aspersores llenó el jardín con una luz fugaz.



## Detente y anota: ¿Qué crees que le pasó a la familia?

Hasta ese día, qué bien había mantenido la casa su paz. Con qué cuidado había preguntado: "¿Quién está allí? ¿Cuál es la contraseña?" y, al no obtener respuesta de los zorros solitarios y los gatos quejumbrosos, había cerrado sus ventanas y corrido las persianas como una doncella de antaño, preocupada por una autoprotección que casi parecía una paranoia mecánica.

Se estremecía por cada sonido, la casa lo hacía. Si un gorrión rozaba una ventana, la persiana se alzaba repentinamente. ¡El ave, sobresaltada, salía volando! ¡No, ni siquiera un ave debe tocar la casa!

*Doce del mediodía.*

Un perro gimoteaba, tembloroso, en el porche delantero.

La puerta principal reconoció la voz del perro y se abrió. El perro, enorme y carnoso en tiempos pasados, pero ahora convertido en hueso y cubierto de llagas, se movía dentro y a través de la casa, arrastrando barro. Detrás de él zumbaban ratones enfadados, enfadados por tener que recoger barro, enfadados por las molestias.

Pues cuando un fragmento de hoja pasaba por debajo de la puerta, los paneles de la pared se abrían y las ratas de chatarra de cobre salían disparadas hacia fuera. El polvo, el pelo o el papel ofensivo, capturado en unas mandíbulas de acero en miniatura, era llevado con prisa a las

madrigueras. Allí, por unos tubos que llegaban al sótano, se dejaba caer en el respiradero suspirante de un incinerador que se sentaba como un malvado Baal en un rincón oscuro.

El perro subió las escaleras corriendo, aullando histéricamente frente a cada puerta, y se dio cuenta al fin, al igual que se dio cuenta la casa, de que aquí sólo había silencio.

Olfateó el aire y arañó la puerta de la cocina. Detrás de la puerta, la estufa estaba haciendo panqueques que llenaban la casa con un rico olor a comida horneada y aroma de jarabe de arce.

El perro echaba espuma por la boca, tumbado en la puerta, olfateando, con los ojos como fuego. Corrió salvajemente en círculos, mordiéndose la cola, giró con frenesí y murió. Estuvo en la sala durante una hora.

*Las dos en punto, cantó una voz.*

Sintiendo delicadamente la decadencia al fin, los regimientos de ratones zumbaron tan suavemente como hojas grises sopladas en un viento eléctrico.

*Dos y cuarto.*

El perro ya no estaba.

En el sótano, el incinerador brilló de repente y un torbellino de chispas subió por la chimenea.



**Detente y anota: Describe lo que está pasando.**

*Dos treinta y cinco.*

Las mesas de juego emergieron de las paredes del patio. Los naipes revolotearon sobre las superficies acolchadas en una lluvia de símbolos. Los martinis se manifestaron en un banco de roble con sándwiches de ensalada de huevo. La música sonaba.

Pero las mesas estaban en silencio y los naipes intactos.

A las cuatro en punto, las mesas se replegaron como grandes mariposas y regresaron dentro de las paredes paneladas.

*Cuatro y media.*

Las paredes del cuarto de los niños resplandecieron.

Los animales adquirieron forma: jirafas amarillas, leones azules, antílopes rosas, panteras lilas que brincoteaban en sustancias cristalinas. Las paredes eran de cristal. Contemplaban el color y la fantasía. Las cintas cinematográficas ocultas pasaban por engranajes bien engrasados y las paredes vivían. El suelo del cuarto de los niños se tejió para que pareciera un prado de cereales crujientes. Por encima corrían cucarachas de aluminio y grillos de hierro, y en el aire caliente y quieto, las mariposas de delicado tejido rojo se balanceaban entre el agudo aroma de las huellas animales. Se oía el sonido como el de una gran colmena amarilla de abejas dentro de un fuelle oscuro, el perezoso murmullo de un león ronroneando. Y se oía el repiqueteo de las patas de los okapis y el murmullo de una lluvia fresca en la selva, como otras pezuñas, que caía sobre la hierba almidonada de verano. Ahora las paredes se disolvían en lejanías de hierba reseca, milla tras milla, y en un cálido cielo sin fin. Los animales se alejaron hacia los matorrales espinosos y los manantiales. Era la hora de los niños.

*Cinco en punto.* La bañera se llenó de agua caliente transparente.

*Seis, siete, ocho en punto.* Los platos de la cena se manipularon como trucos de magia, y en el estudio, un clic. En el soporte metálico frente a la chimenea, donde ahora ardía un fuego cálido, se asomó un cigarro, con media pulgada de suave ceniza gris, humeante, esperando.

*Nueve en punto.* Las camas calentaban sus circuitos ocultos, ya que aquí las noches eran frescas.



## Detente y anota: Describe lo que está pasando.

*Nueve y cinco.* Una voz habló desde el techo del estudio: "Sra. McClellan, ¿qué poema desea esta noche?". La casa estaba en silencio.

La voz dijo al fin: "Como no expresa ninguna preferencia, seleccionaré un poema al azar". Una música tranquila apareció para acompañar a la voz. "Sara Teasdale. Según recuerdo, su favorita..."

*Vendrán lluvias suaves y el olor de la tierra,  
Y golondrinas dando vueltas con su sonido que alegra;*

*Y ranas que por la noche cantan en los estanques,  
Y ciruelos silvestres de un blanco trepidante;*

*Los petirrojos lucirán su fuego emplumado,  
Silbando sus caprichos en un bajo alambrado;*

*Y ni uno sabrá de la guerra, ni uno solo  
Se preocupará al final cuando acabe todo.*

*A nadie, ni a los pájaros ni a los árboles, le importaría,  
Si la humanidad se quedara para siempre sin vida;*

*Y la propia Primavera, cuando despertara al amanecer  
Apenas sabría de nuestro desaparecer".*



## Detente y anota: ¿Cuál es el significado de este poema?

El fuego ardía en la chimenea de piedra y el cigarro se cayó en un montículo de ceniza quieta sobre su bandeja. Las sillas vacías estaban una frente a otra entre las paredes silenciosas y sonaba la música.

A las diez en punto, la casa empezó a morir.

El viento sopló. Una rama de árbol cayó y se estrelló contra la ventana de la cocina. El disolvente de limpieza, embotellado, se rompió sobre la estufa. ¡La habitación ardió en un instante!

"¡Fuego!" gritó una voz. Las luces de la casa parpadeaban, las bombas de agua disparaban agua desde los techos. Pero el disolvente se extendió sobre el linóleo, lamiendo, comiendo, por debajo de la puerta de la cocina, mientras las voces se sumaban al coro: "¡Fuego, fuego, fuego!".

La casa intentó salvarse. Las puertas se cerraron con fuerza, pero las ventanas se rompieron por el calor y el viento soplaba y aspiraba sobre el fuego.

La casa cedió cuando el fuego, en diez mil millones de chispas furiosas, se desplazó con llameante facilidad de una habitación a otra y luego subió por las escaleras. Y mientras las ratas de agua correteaban chirriando por las paredes, disparaban su agua y corrían a traer más. Y los rociadores de pared dejaban caer una tormenta de lluvia mecánica.

Pero era demasiado tarde. En algún lugar, suspirando, una bomba se encogió hasta detenerse. La lluvia sofocante cesó. El agua de reserva que había llenado bañeras y lavado platos durante muchos días tranquilos había desaparecido.

El fuego crepitaba en las escaleras. Se alimentaba de Picassos y Matises en los pasillos superiores, como si fueran manjares, asando la carne aceitosa, crujendo tiernamente los lienzos hasta convertirlos en virutas negras.

Ahora el fuego se posaba en las camas, se asomaba a las ventanas, ¡cambiaba los colores de las cortinas!

Y luego, vinieron los refuerzos. Desde las trampillas del ático, rostros de robots ciegos se asomaban con bocas de grifo que lanzaban torrentes de productos químicos verdes.

El fuego retrocedió, como debe hacer incluso un elefante al ver una serpiente muerta.

Ahora había veinte serpientes azotando el suelo, matando el fuego con un veneno frío y claro de espuma verde.

Pero el fuego fue inteligente. Había enviado llamas fuera de la casa, que subieron por el ático hasta las bombas que allí había. ¡Una explosión! El cerebro del ático que dirigía las bombas estalló en forma de proyectiles de bronce sobre las vigas.

El fuego volvió rápidamente y se apoderó de todos los armarios y tocó la ropa colgada en ellos.

La casa se estremeció, hueso contra hueso de roble, su esqueleto desnudo se encogía por el calor, sus alambres, sus nervios al descubierto como si un cirujano le hubiera arrancado la piel para dejar que las venas rojas y los capilares se estremecieran en el aire incandescente. *¡Ayuda, ayuda! ¡Fuego! ¡Corre, corre!* El calor rompió los espejos como si fueran el primer hielo quebradizo de invierno. Y las voces gritaban angustiadas. *Fuego, fuego, corre, corre*, como una trágica canción infantil, una docena de voces, altas, bajas, como niños muriendo en un bosque, solos, solos. Y las voces se desvanecían mientras los cables reventaban sus fundas como castañas calientes. Una, dos, tres, cuatro, cinco voces murieron.



## Detente y anota: Describe lo que está pasando.

En el cuarto de los niños, la selva ardía. Los leones azules rugían, las jirafas púrpuras huían. Las panteras corrían en círculos, cambiando de color, y diez millones de animales, corriendo frente al fuego, se desvanecieron hacia un lejano río humeante... Diez voces más murieron.

En el último instante bajo la avalancha de fuego, se oían otros coros que no se percataban de la situación, que anunciaban la hora, cortaban el césped con el cortacésped de control remoto, o que sacaban y metían un paraguas frenéticamente, la puerta principal que se cierra y abre abruptamente, mil cosas sucediendo, como en una relojería cuando cada reloj marca la hora locamente antes o después que el otro, una escena de confusión maníaca, y sin embargo de unidad; cantos, gritos, junos últimos ratones limpiadores que salían valientemente para llevarse las horribles cenizas! Y una voz, con sublime desprecio por la situación, leyó poesía en voz alta en el estudio llameante, hasta que todas las bobinas de película ardieron, hasta que todos los cables se marchitaron y los circuitos se agrietaron.

El fuego reventó la casa y la dejó caer de golpe, expulsando capas de chispas y humo.

En la cocina, un instante antes de la lluvia de fuego y leña, se podía ver a la estufa haciendo desayunos a un ritmo psicopático, diez docenas de huevos, seis panes tostados, veinte docenas de tiras de tocino, que, comidas por el fuego, hacían que la estufa trabajara de nuevo, ¡siseando históricamente!

El colapso. El ático aplastando la cocina y el salón. Del salón al sótano, del sótano al subsótano. Congelador, sillón, cintas cinematográficas, circuitos, camas, todos como esqueletos tirados en un montículo de desorden en las profundidades.

Humo y silencio. Una gran cantidad de humo.

El alba se asomaba tenuemente por el este. Entre las ruinas, una pared se alzaba solitaria. Dentro de la pared, una última voz dijo, una y otra y otra vez, incluso cuando el sol se alzó para brillar sobre los escombros amontonados y el vapor:

*"Hoy es 5 de agosto de 2026, hoy es 5 de agosto de 2026, hoy es..."*



## Detente y anota: ¿Cómo acaba la historia?

Adaptado de: *There will come soft rains* de Ray Bradbury - [btbores.org](https://www.btbores.org/Downloads/7_There%20Will%20Come%20Soft%20Rains%20by%20Ray%20Bradbury.pdf) (sin fecha). Extraído el 9 de febrero de 2023, de [https://www.btbores.org/Downloads/7\\_There%20Will%20Come%20Soft%20Rains%20by%20Ray%20Bradbury.pdf](https://www.btbores.org/Downloads/7_There%20Will%20Come%20Soft%20Rains%20by%20Ray%20Bradbury.pdf)

Adaptado de: Bradbury, R. (sin fecha). *There will come soft rains*, de Ray Bradbury, *Collier's weekly. The Unz Review*. Extraído el 10 de febrero de 2023, de <https://www.unz.com/print/Colliers-1950may06-00034/>